

Una semana de enero de 1919

Publicado en *Los días rebeldes*. Barcelona, Editorial Octaedro, 2009

Christian Ferrer

¿Cuántos fueron? ¿Seiscientos, por lo bajo, como se dijo muchas veces? ¿O fueron novecientos, tal como de inmediato denunciaron los sindicatos anarquistas? ¿O mil trescientos cincuenta y seis muertos, según informó a su gobierno el embajador de los Estados Unidos? Lo cierto es que las cifras carecen de parangón en el país. El bombardeo de Plaza de Mayo de 1955, la masacre de Ezeiza de 1973 o la Batalla de Monte Chingolo de 1975, cuantiosas en víctimas, no alcanzan a dar la talla del salvajismo que se desató sobre la ciudad durante los acontecimientos que quedaron contenidos bajo el nombre de “Semana Trágica”. En cambio, hay noticia de la cantidad de bajas policiales: tres muertos, setenta y ocho heridos. Primero se disparó a mansalva y luego se aplicó el tiro de gracia. En la escena de sangre resalta, además, un safari de niños bien.

Asombra que una matanza de tal magnitud haya podido ser encajada por el sistema político sin más y disuelta misteriosamente de la memoria de los porteños, como si se hubiera tratado, apenas, de un mal sueño. Por entonces, segunda semana de enero de 1919, nada presagiaba una noche de San Bartolomé. Hipólito Yrigoyen, líder popular, era el presidente; el futuro venturoso sostenido en la feracidad inevitable del suelo era ya un ítem de las creencias locales; y los cuatro años de locura bélica en Europa no habían salpicado de sangre al país. Pero la escena pastoral y la pujanza de la ciudad liberal ocultaban malamente las arrugas de la postal: los conflictos gremiales cundían, existían dos organizaciones obreras con miles de adherentes, ambas llamadas Federación Obrera Regional Argentina (FORA), las ideas anarquistas no eran desconocidas, y gran parte de la población vivía aún como en la época de la colonia o era deslomada en los barrios fabriles.

Por entonces, los primigenios diez días que en octubre de 1917 habían conmovido al mundo se habían convertido en dos años de gobierno comunista en Rusia y no fueron pocos los países que se pusieron en guardia contra todo aquel que impulsara ideas “maximalistas”, más aún si el vocero de esas ideas resultaba ser extranjero, por ejemplo “ruso”. Un año después del cambio de régimen en Moscú, el gobierno norteamericano había expulsado una buena cantidad de sindicalistas de origen ruso, que además eran judíos, durante una oleada de paranoia cívica conocida por el nombre de “Terror Rojo”. Entre las deportadas destacaban Emma Goldman y Molly Steiner, dos activas anarquistas.

En Buenos Aires, una década antes, el 1º de mayo de 1909, hubo muertos en la manifestación reunida para celebrar el Día de los Trabajadores, desbandada a tiros por la fuerza policial al mando del Coronel Ramón Falcón, quien sería

ajusticiado meses más tarde, en venganza, por el anarquista Simón Radowitzky. La persona que reemplazó a Falcón en la jefatura de la policía fue Luis Dellepiane. Sería el hombre a cargo de la represión durante la semana de enero de 1919. En aquel mismo año de 1909, pero en Barcelona, otra insurrección popular había sido sojuzgada mediante cañonazos y fusilamientos. Fue allí y entonces que por primera vez se habló de una “semana trágica”, saldada, esa vez, con cien muertos, cinco condenas a muerte, sesenta penas a cadena perpetua y doscientos destierres. No sorprende que durante los sucesos porteños la palabra “catalán” se transformara en sinónimo de anarquista.

Se las tenían jurada. Tanto la clase alta, empapada de miedo, como la policía, por lo de Falcón. Para ambos, el anarquismo era poco menos que un eufemismo por anticristo. A comienzos del siglo XX, a los anarquistas se los imaginaba irreductibles, intransigentes, extraños. Benevolentemente: mártires peligrosos. Desde luego, había habido atentados sueltos que excitaron el pánico: contra el presidente Manuel Quintana y luego contra el vicepresidente en ejercicio Victorino de la Plaza, además de una bomba lanzada en el Teatro Colón. A la prensa nacional no le fue difícil condensar la rica e inventiva historia de los libertarios en la figura del ave de las tormentas. Eran el enemigo público. Eso tenían en mente los conservadores en el momento de iniciarse el conflicto gremial y urbano de enero de 1919. Encima, en un acto anarquista de fines de noviembre de 1918 había sido herido el Jefe de la Policía de Buenos Aires, tras un enfrentamiento.

Al gobierno, los legisladores y los jueces no les había temblado el puño al momento de sellar órdenes de captura o de evicción. En 1902 el Congreso Nacional había aprobado la así llamada “Ley de Residencia”, que posibilitaba la expulsión de todo extranjero que alzara la voz o peticionara con firmeza. Esa ley fue coronada en 1910 por un anexo, la “Ley de Defensa Social”, que limpió al país de agitadores ácratas durante las celebraciones del Centenario. También en 1902 se había creado la “Sección Especial” de la policía, que se ocupaba de figonear las actividades de huelguistas y anarquistas. En suma, quien no acababa expulsado era arrojado a la isla de Tierra del Fuego, cuya institución más importante era la cárcel, construida en ese año ominoso de 1902 por los propios presos.

La Semana Trágica se inició en los portones de la empresa Sociedad Hierros y Aceros Limitada de Vasena e Hijos, ubicada en el barrio sur de Buenos Aires. El 7 de enero de 1919 el enfrentamiento dejó cuatro muertos y treinta heridos. Dos días después las centrales sindicales decretaron la huelga general. El cortejo fúnebre de los primeros caídos que se dirigía al Cementerio de la Chacarita fue atacado dos veces, la última en el camposanto en sí mismo, y hubo varios muertos más. Durante varios días la vida se volvió muy precaria. Había piquetes y barricadas en casi todos los barrios obreros, la policía fue desbordada, y entonces el ejército se hizo cargo de la represión, ayudado por brigadas homicidas conformadas por jóvenes de clase alta. Éstos últimos se dedicaron al pillaje, al pogrom, y al arrasamiento de las oficinas del diario anarquista *La Protesta*. A Pedro Vasena se le había reclamado la reducción de la jornada laboral de 11 a 8 horas y la implementación del descanso dominical. Era poco.

Al cabo de la semana las bajas eran incontables: entre setecientos y mil trescientos muertos, dos mil o quizás tres mil heridos, y treinta mil detenidos. Del

censo semanal de un país que gustaba presentarse en sociedad como “granero del mundo” solo se estrujó sangre. A su vez, los protagonistas no pudieron sino responder a su naturaleza: la audacia y valentía desesperada de los anarquistas; las vacilaciones del Partido Socialista; la miopía y la mezquindad de los dueños de industrias; el deslizamiento de la escena parlamentaria hacia la razón de Estado. Además, los diarios se dedicaron a trompetear xenofobia y telurismo: el orden a toda costa y el asco al “mal inmigrante”. En los últimos días de aquella semana los “señoritos” se dedicarán a la caza del judío en el barrio del Once. Juan Carulla, un hombre de derechas que había sido anarquista en su juventud, relató en su autobiografía, *Al filo del medio siglo*, escenas vistas en el Once: vejaciones, gente arrastrada por la calle, casas saqueadas, ayes de miedo, fogatas alimentadas con libros, mujeres violadas, asesinatos. Y recordó el grito de guerra de los atacantes: “¡Mueran los judíos! ¡Mueran los maximalistas!”.

Pocos meses después de los sucesos, Arturo Cancela escribió “Una semana de holgorio”, el primer testimonio literario del episodio. Mucho después, en 1966, David Viñas publicó *En la semana trágica*, relato de los acontecimientos desde la perspectiva de dos niños bien dispuestos a defender el honor de su clase y a matar insurgentes. El punto de congregación es el Círculo Naval, tal como verdaderamente ocurrió. Al ingresar, uno de los personajes encuadra a la concurrencia: “parece la Bolsa”. En el libro se da cuenta del ataque al barrio judío. En verdad, ya existía una crónica, la más significativa de todas, *Koshmar*, es decir “pesadilla”, publicado en 1929 en idish. Transcurriría medio siglo hasta que se tradujera al castellano. El autor se llamaba Pinnie Wald, carpintero, periodista de una publicación en idish y miembro del Bund, una agrupación de judíos socialistas enlazados a su vez al Partido Socialista. En enero de 1919 Pinnie Wald fue acusado de ser el “Presidente del Soviet de Buenos Aires”, y tratado en consecuencia. El libro es una crónica de la cacería, del asalto a las casas y comercios de judíos, y de su propio martirio. Quien lo lea sólo deseará poder cerrar los ojos.

Pinnie Wald describe las emociones del momento: desconcierto, pánico, voluntad de venganza, espíritu de lucha, en una ciudad silente y a oscuras, sin orden de tráfico, con automóviles incendiados y tiroteos dispersos. No hubo diarios por dos días. En las cárceles improvisadas había permiso para humillar, torturar matar. Son los placeres del victorioso. Todo sucedió en la comisaría ubicada en la calle Lavalle, entre Paso y Pueyrredón, donde aún permanece: amedrentamiento, ofensa, despojo, crueldad, venganza de clase, exposición de los cuerpos bajo tortura a la mirada de “personajes importantes”. Cuando se está sometido a la arbitrariedad de la mazmorra o del matadero la mente se parece a un pájaro enloquecido. Quizás por eso la forma elegida para contar los sucesos sea el delirio de la memoria de un alma atormentada para siempre. Dice Pinnie Wald, “Pensé que le realidad era increíble”. La esperanza recién se restableció con la aparición en la comisaría del diputado Alfredo Palacios y de un delegado de la FORA. Es un momento de Epifanía: la aparición de “miradas fraternas” contrapuestas a las ojeadas duras o festivas de sus martirizadores. Al ser liberado, Pinnie Wald observó a sus compañeros de infortunio: deformes, ensangrentados, sucios y aterrorizados. “Parecían máscaras”. Les habían quitado el rostro.

Una vez quietada la violencia y recogidos los cadáveres, la bancada de legisladores radicales soslayó los pedidos de informes sobre el pogrom. Había

basura para ocultar bajo la alfombra, porque muchos informes de la época responsabilizaron al Comité Capital de la Unión Cívica Radical, cuyo presidente era Pío Zaldúa, de haber largado a la calle pistoleros con banderas argentinas que asolaron al barrio del Once. Francisco Beiró, un dirigente radical que sería Ministro del Interior en 1922, se les enfrentó, y se ocupó de conducir a dirigentes de la comunidad judía a presencia de Hipólito Yrigoyen. Pero, años más tarde, el General Dellepiane, responsable de la matanza, también sería recompensado con el puesto de ministro del gobierno radical. Diez años después de la Semana Trágica, en 1929, el anarquista Gualterio Marinelli arrojó seis disparos contra el automóvil presidencial, fallando el blanco y siendo ultimado por la custodia de Hipólito Yrigoyen.

No hay un saber acabado acerca de los sucesos de enero de 1919. Pocos libros, testimonios dispersos, insuficiente ensamblaje de los datos conocidos. Aún no se sabe el número exacto de muertos, heridos y detenidos. Todo es olvido y pie de página, un misterio del subsuelo. Alguna vez el castellano y el idish, junto a otras lenguas europeas, se amistarón en la invención del esperanto, un idioma que prometía unir a los pueblos y que los anarquistas difundieron desde fines del siglo XIX. Pero en aquellos días del verano de 1919, muchos murieron gritando “viva la anarquía” y otros musitando palabras en lengua idish.